

DIPUTACION PROVINCIAL DE SANTANDER
INSTITUCION CULTURAL DE CANTABRIA

DISQUISICIONES Y COMENTARIOS
EN TORNO AL FOLKLORE ESPAÑOL

Discurso de ingreso leído, el día 17 de marzo de 1972,
en la Recepción Pública como Consejero de Número del

ILMO. SR. D. TOMAS MAZA SOLANO

Académico C. de las Reales Academia de la Historia y
de la de Ciencias Morales y Políticas

y de contestación por

D. BENITO MADARIAGA DE LA CAMPA



SANTANDER

1972

3C
74

... ..

R-4168

Sig. SC
474

DIPUTACION PROVINCIAL DE SANTANDER
INSTITUCION CULTURAL DE CANTABRIA



DISQUISICIONES Y COMENTARIOS EN TORNO AL FOLKLORE ESPAÑOL

Discurso de ingreso leído, el día 17 de marzo de 1972,
en la Recepción Pública como Consejero de Número del

ILMO. SR. D. TOMAS MAZA SOLANO

Académico C. de las Reales Academia de la Historia y
de la de Ciencias Morales y Políticas

y de contestación por

D. BENITO MADARIAGA DE LA CAMPA



SANTANDER

1972

Este discurso de ingreso en la Institución Cultural de Cantabria fue leído en sesión solemne, celebrada en el Salón de Actos de la Excma. Diputación Provincial de Santander, el día 17 de marzo de 1972, bajo la presidencia del Ilmo. Sr. Don Rafael González Echegaray, Presidente de la Corporación y de la del Director de la Institución Dr. García-Guinea.



Depósito Legal: SA 69 - 1972.

Tall. Tip. J. Martínez, S. L. - Cisneros, 13 - Santander (1972)



DISQUISICIONES Y COMENTARIOS EN TORNO
AL FOLKLORE ESPAÑOL

Cada pueblo tiene sin duda un alma con vida y sentimientos propios dentro de la unidad nacional.

No todo hecho, todo suceso, en el orden social y en el orden individual, puede considerarse como consuetudinario. De ahí la razón, por otra parte, de que, quien intente investigar el saber popular de cada una de las comarcas y localidades españolas necesite la guía, el auxilio de los habitantes de cada región para no tomar como usos y costumbres típicos de los españoles, aquellos actos que no pueden considerarse como tales.

Autores extranjeros hay que, según afirmaba el ilustre catedrático y folklorista don Luis de Hoyos Sáinz, describen como moriscas las calles de Fuenterrabía, que llaman **tambour basque** a la pandereta y hacen típicas de esa región las alpargatas o el fandango; o ciñen como cinturón la cincha de esparto granadino, o manejan como abanico el soplillo de los hornillos toledanos.

El viajero, en general, que viene a España, observa las costumbres pintorescas, aparatosas, de gran espectáculo: las corridas de toros, los pelotaris, el canto y baile flamenco, las procesiones de Semana Santa, etc...

Pero deja en el olvido otras muchas manifestaciones y costumbres de la vida cotidiana que en los pueblos y aldeas apartadas viven aún con el espíritu de los siglos pasados, rememorando usos y costumbres o poniendo de relieve las más profundas esencias del alma española.

Acaso el extranjero no acierte a ver, no puede penetrar íntegramente la diversidad de usos y costumbres en las varias regiones de España; efecto de la diversa distribución de los grupos humanos que son los principales factores que intervienen en tales usos y costumbres.

Cuando el reputado arqueólogo William J. Thoms publicó, con el pseudónimo de Ambrosio Merton, en un periódico londinense, en agosto de 1846, una carta excitando al periódico a recoger y publicar los materiales de la antigua literatura popular, bajo el nombre comprensivo de **Folklore**, propuso este término, por vez primera, para señalar la recolección y estudio de las producciones de la sabiduría tradicional de los pueblos.

Don Antonio Machado y Álvarez (1846-1893), nacido en Santiago de Galicia, aunque llevado a Sevilla a los pocos meses de nacer, el primer propagador por España de los estudios folklóricos, tan conocido por el

seudónimo de **Demófilo**, cuando en años posteriores trató de la significación de ese vocablo decía: «La palabra Folklore, que no obstante ser sajona en su origen, ocupa un puesto en los diccionarios ingleses... significa no sólo saber, sino saber antiguo, saber tradicional, saber que ha adquirido la pátina de los tiempos.»

En 1878 se afirmó de nuevo en Londres la palabra **folklore** que había caído en desuso y fue adoptada posteriormente en la nomenclatura de los congresos científicos internacionales y de las instituciones académicas.

Cierto es que en Portugal se dijo **Demótica**, palabra propuesta para los idiomas neolatinos, por el señor Braga, en Lisboa en 1885; que en Italia y Francia se dijo **Demología**, y que en Alemania se designaron estos estudios con diversos nombres.

En cuanto a España se refiere fue el señor Machado y Alvarez quien desde 1881 hizo una activa propaganda exponiendo razones en pro del nombre inglés que desde entonces fue extendiéndose también por el extranjero. Desde ese mismo año, Machado y Alvarez denomina «El folklore español» a la recopilación y estudio del saber y de las tradiciones populares españolas y contribuye extraordinariamente a propagar el nombre y concepto en toda la península.

Al siguiente año propuso en Madrid el notable paremiólogo don José María Sbarbi y Osuna, el nombre de «Letras populares» y que se denominase el proyecto que Machado acariciaba entonces de establecer una organización del folklore, en cada una de las antiguas regiones españolas, «**Academia de Letras Populares**»; y el señor Balbín de Unquera propone el nombre de **Sociedad demológica**; pero tales denominaciones o nombres cayeron en olvido.

El mismo Machado compuso el término Demotecnografía, denominación que no le pareció tan expresiva como la de **folklore**.

Fue en Oviedo donde el señor Canella Secades señaló, como equivalente de «saber popular», la expresión: «Conocimiento de las ciencias, letras y artes del pueblo», mas tampoco prosperó esta denominación.

Las demás regiones españolas no intentaron, al parecer, la sustitución del nombre Folklore, aunque sí utilizaron y han usado constantemente la traducción «saber popular».

El concepto que Machado tiene del folklore es dividido, años después, por este mismo autor en dos ramas: Una que se refiere al espíritu del pueblo y que llama **Demopsicología**, y otra que comprende el modo de vivir del pueblo, y a la cual designó con el nombre de **Demobiografía**; mas, sin embargo, no dio un nombre para comprender ambas divisiones.

Otros escritores aceptaron la denominación de **Demótica** propuesta por Braga para los idiomas neolatinos y lo mismo hizo don Miguel de Unamuno en su estudio titulado «Sobre el cultivo de la Demótica», que fue leído en 1896, en el Ateneo de Sevilla.

Algunos trabajos han sido publicados en España con este título, pero puede afirmarse que en general los escritores españoles vienen usando la palabra folklore.

En 1907, en el discurso que don Marcelino Menéndez y Pelayo pronunció ante la Real Academia Española, en la recepción pública de don Francisco Rodríguez Marín, decía: «que el nombre de **saber popular** le parecía la traducción exacta del folk-lore inglés; pero que consideraba la palabra **folklore** como la denominación genérica con que en toda Europa se designaba este orden de estudios».

Sin embargo, años después, en 1915 y no teniéndose en cuenta cuanto hasta esa fecha se había escrito en España acerca del nombre a que nos referimos, el notable periodista don Mariano de Cavia pedía que se buscara en el griego o en el latín la expresión correspondiente a ese género de estudios; y él mismo propuso el nombre de **Demopedía** que fue combatido por don Julio Cejador, quien, a su vez, dio el término **Demosofía** para significar el saber, la sabiduría, la filosofía popular. Algunos periódicos defendieron entonces la denominación de folklore, tan defendida, en su tiempo, por Machado y que es en el día aceptada y de uso general y común.

Ante esta general adopción del término folklore, en España, propuso años después don Ricardo Rojas, director del Instituto de Literatura Argentina en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, el romancear la voz inglesa acomodando la ortografía a la pronunciación, como se ha hecho con otras palabras; a este fin propuso la grafía **foclór**, pero esta tentativa no ha prosperado, antes al contrario en el diccionario de la **Real Academia Española**, ha sido incluido el tér-

mino **folklore**, sin cambiar en nada su grafía, así como las palabras **folklórico** y **folklorista**.

Con este nombre, por tanto, debe señalarse también, cuando a España se refiere, «lo que sabe, siente y hace el pueblo, la recolección de los productos directos de la mentalidad del mismo, en los que, como afirma Wolf, «apenas hay nada insignificante, y a menudo, en la mayor nimiedad se refleja admirablemente el espíritu que lo anima».

OBJETO DEL FOLKLORE O MATERIAS QUE COMPRENDE

Las producciones populares que se estudian y se coleccionan en las ramas del folklore, suelen reducirse a los grupos siguientes:

- 1.º—Canciones, romances, leyendas, refranes, cuentos, fábulas, adivinanzas y demás formas poéticas y literarias. Todo lo que suele concretarse y señalarse, en los libros que tratan de estas materias, con el nombre de **literatura popular**.
- 2.º—Locuciones, giros, frases hechas, modismos, provincialismos, motes, apodos, trabalenguas, nombres de sitios y lugares, de plantas, de animales y piedras, o sea todo lo que puede considerarse como habla y fonética del pueblo y que podemos designar con los nombres genéricos de **gramática popular** y **nomenclatura popular**.
- 3.º—Los usos e instituciones, ceremonias y juegos, espectáculos y fiestas, manifestaciones demobiográficas y etológicas, costumbres en general, todo lo que se incluye bajo el nombre de **etografía popular**.
- 4.º—Lo que podemos llamar **Mitografía popular**, o sean los mitos, cultos, y ritos, magias y supersticiones, manifestaciones demopsicológicas y hierológicas, en general creencias.
- 5.º—La ciencia popular (Conocimientos vulgares de los oficios y de las ciencias).
- 6.º—El arte popular (Obras vulgares de las industrias y de las artes del pueblo).

Para poder realizar los estudios e investigaciones acerca de las distintas materias que quedan consignadas, conviene tener muy en cuenta lo necesario que es no prescindir de la colaboración del elemento indígena en cada país, en cada localidad, pudiéramos decir.

He de señalar asimismo la necesidad que tenemos, en esta clase de investigaciones, de no tomar como materiales de trabajo y estudio los actos o aquellos elementos que, aunque pintorescos y raros, no tienen, sin embargo, esa nota de persistencia, ni son tan comunes que podamos tenerlos como base y punto de partida para una conclusión de carácter etnográfico.

A tres podemos reducir las fuentes principales que pueden servirnos para conocer y estudiar esa serie de conocimientos que, como en cifra, van compendiados e incluídos en la palabra **folklore**.

- 1.º—La que podemos llamar fuente directa, es decir, la tradición oral presente en la cual nosotros mismos podemos investigar recogiendo de los actos populares y de labios de las gentes cuantos materiales tengamos a nuestro alcance, siguiendo siempre las instrucciones y guías que en forma de cuestionarios e interrogatorios se han hecho en distintas naciones.
- 2.º—Las colecciones de materias ya hechas por los colectores regionales y folkloristas que han recogido, separado, estudiado y clasificado lo popular como distinto de las creaciones individuales y eruditas.
- 3.º—Los libros antiguos y obras notables de la literatura erudita histórica cuyos autores hayan utilizado el elemento popular, ese riquísimo, venero, ese fresco y perenne manantial que da frescor y reverdece y hace que reflorezcan en nuestros días aquellas viejas y amarillentas páginas.

Claro es que el folklore considerado como una de las ramas de las ciencias antropológicas y como parte muy esencial de lo que se llama por algunos autores **psicología de los pueblos**, es moderno y su aparición, nos dice Menéndez Pelayo, no era posible sin el concurso de otras ciencias relativamente modernas también, como la mitología comparada y la historia de las instituciones. Pero, según afirma el sabio maestro, autor del **Tratado de los romances viejos**, «gran parte de los elementos que en-

traron en la síntesis folklórica habían recibido una elaboración previa, más artística que científica. Las colecciones de cantos populares habían sido apreciadas por su valor estético y algunas de ellas, sobre todo, la de nuestros romances, formaban parte ya del patrimonio épico del género humano».

Grandes humanistas del siglo XVI, y Erasmo antes que ninguno, habían reconocido el valor de la sabiduría práctica contenida en los adagios y proverbios de los antiguos y, en torno de ellos, había tejido el sabio de Rotterdam una especie de enciclopedia cuyo éxito superó al de todos sus libros. El triunfo de la paremiología clásica hizo volver los ojos a la paremiología vulgar y del pueblo, cuyo fondo era idéntico, y el impulso se sintió muy pronto en España, quizá la primera nación que se había cuidado de recoger sus proverbios, como lo prueba en el siglo XV la breve, pero inestimable colección del Marqués de Santillana, Don Íñigo López de Mendoza.

Es esta colección, titulada **«Refranes que dicen las viejas tras el fuego, ordenados por la orden del a, b, c»**, la recopilación paremiológica más antigua que existe en lengua vulgar, y conviene observar que es atribuida precisamente, aunque algún autor no esté conforme en ello, a quien despreciaba los romances y cantos del pueblo, «de que la gente de baja e de servil condición se alegra», pero que al parecer no tenía la misma opinión con relación a esas otras fórmulas y manifestaciones de la experiencia popular.

En 1541 el racionero de la Iglesia de Toledo, Blasco de Garay, escribe **«Dos cartas en que se contiene, cómo sabiendo una señora que un su servidor se quería confesar, le escribe por muchos refranes»**, artificio que después había de repetir Quevedo en el **Cuento de los Cuentos**.

Y Pedro de Vallés, unos años más tarde, en 1549, es autor de un **«Libro de refranes»**. Es curioso conocer la definición que del refrán da el autor de este libro: «El refrán es un dicho antiguo, usado, breve, sutil y gracioso, obscuro por alguna manera de hablar figurado, sacados de aquellas cosas que más tratamos.»

La más rica y copiosa colección en esa época se debe al Comendador Hernán Núñez (1463-1553), profesor de Retórica y Griego en Salamanca, editor de obras latinas, grande humanista y el primer folclorista español por esa su colección de refranes, en la que van comprendidos más de

8.000, muchos de ellos gallegos, portugueses, asturianos, valencianos, franceses e italianos, llevando éstos su equivalencia castellana.

Pero ¿cómo he de poder resumir en pocas páginas la labor de nuestros paremiólogos si los nombres solamente llenarían un buen número de ellas? Sebastián de Horozco, Juan de Mal Lara que enamorado del refrán y siguiendo los **adagios** de Erasmo, glosó hasta mil proverbios castellanos con erudición, agudeza y sabiduría práctica; el maestro Gonzalo Correas, y otros autores ya del siglo XVII, hasta Machado, Sbarbi, Montoto, Sacristán y Rodríguez Marín que publicó en el año 1926 más de 21.000 refranes castellanos no contenidos en la copiosa colección del maestro Gonzalo Correas, allegándolos de la tradición oral y de sus lecturas durante más de medio siglo, como nos dice la portada de ese libro, darán material abundante a los aficionados a esta clase de estudios para que sin necesidad de acudir a las fuentes directas, a la investigación de la tradición oral, puedan trabajar acerca del refranero español, consultando también **Catálogo Paremiológico**, publicado en Madrid en 1918 por Melchor García Moreno.

No debemos echar en olvido aquellas palabras del Sr. Rodríguez Marín cuando afirmaba que «España, entre todos los países, es, por antonomasia, la tierra de los refranes; que refranes en acción, y así lo revelan sus propios títulos, son muchas de las mejores obras de nuestro inmortal teatro de los siglos XVI y XVII, y que de refranes están salpicados, como de lluvia de finísimo oro, tres libros españoles que son asombro del mundo: los **Cantares del Arcipreste de Hita**, **la Celestina** y el **Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha**».

También conviene señalar de resalto que el refranero español es considerado constantemente como el libro necesario para el exacto conocimiento de nuestra habla castellana y que es «una de las fuentes más sabrosas y abundantes en que es preciso beber para agotar todos los secretos portentosos de nuestro idioma».

Si analizamos, buscando el elemento, el sentido y la inspiración popular, o si queremos mejor, para encontrar materiales folklóricos, las obras de nuestra historia literaria, desde los primeros monumentos de habla castellana, encontramos esa unidad y sentido tradicional que brilla y resplandece en nuestra literatura, gracias precisamente al espíritu popular, a los elementos tomados por los escritores y eruditos de la producción tradicional del pueblo.

Al par de la literatura castellana erudita que aparece, bajo la doble influencia de la eclesiástica que traen los cluniacenses franceses y la semítica que traen los árabes y judíos, corre, sin duda, la literatura popular consistente en refranes, cantares líricos, romances épicos y, aunque no se escriba, podemos verla traslucida por la influencia de la literatura escrita.

Fue el Marqués de Santillana quien fijó los linderos entre la poesía popular y la erudita en la célebre frase de la **Carta** que escribió al condestable don Pedro de Portugal, y en ella desprecia y no da valor alguno al elemento popular, tan característico en nuestra literatura que precisamente cuando en el reinado de los Reyes Católicos y en el de Felipe II, se une y concierta con el elemento erudito, hace grande y original la literatura castellana.

Y aunque a veces, y en épocas determinadas de nuestra historia literaria, haya sido vencido ese elemento popular por el espíritu erudito y desaparezca casi totalmente, caracterizó, sin embargo, nuestra literatura más que en ninguna otra nación y es nota propia de ella desde su nacimiento.

Juan de la Enzina, el iniciador del teatro español en el siglo XV, el **patriarca del teatro español**, como se le llama generalmente, aquél poeta y músico dotado de imaginación fresca, de vena cómica, de alma de poeta popular, cantaba a lo divino y a lo humano logrando, inspirado en el elemento popular, tanto poético como musical, poner en sus labios «un raudal de poesía dulce y sabrosa, natural y ligera, que traduce sin esfuerzos las imprecisiones de la juventud, de la primavera sonriente, del amor fácil, que escribió aquellos villancicos pastoriles, sacros y profanos, lo mejor de la poesía bucólica española, no superados por ningún trovador del siglo XV, llevó a la literatura dramática erudita la lírica o cantares de la literatura antiquísima popular y de la dramática que desde los más antiguos tiempos cultivaba el pueblo también.

Y en el teatro de Lope de Vega, de ese Monstruo de la naturaleza, como se le llama comúnmente, encontramos años más tarde, dando vida y frescor a aquellas páginas, el elemento popular, mezclado mil veces, con lo religioso y lo profano, lo nacional y lo extranjero, con lo erudito, y lo real y fantástico lo histórico y novelesco, pues supo recoger cuantos elementos anteriores eran aprovechables y fundirlos al calor

de la inspiración popular, dando así vida y forma definitiva al teatro español.

Don Joaquín Costa (1846-1911), autor de la obra titulada: **La poesía popular, mitológica y literatura celtohispana**, que conforme dice un notable escritor, tuvo siempre el criterio de ver en lo popular y castizo lo únicamente sano y grande, y en lo erudito e individual, lo mezquino, egósta y ficticio, estudió la filosofía del Derecho y las fuentes jurídicas nacionales del **Derecho consuetudinario**, hallándolas en el alma del pueblo español, e hizo una **Introducción** a un tratado de política, sacado textualmente de los refraneros, cancioneros, romanceros y gestas de la Península.

Los monumentos literarios estudiados por Costa para llevar a cabo esos estudios son:

- 1.º—Crónica rimada del Cid o leyenda de las mocedades del Cid.
- 2.º—Poema del mío Cid.
- 3.º—Poema de Fernán González.
- 4.º—Poema de Alfonso XI, escrito o traducido por Ruy Yáñez y que tiene poéticamente singular importancia por ser el tipo de transición de los cantares de gesta al romance histórico y fronterizo.

Así llegó Costa, con el estudio de estas fuentes, al conocimiento del alma española, conforme la encontraba en los refranes, en el lenguaje, en las instituciones populares.

Prescindiendo aquí de los libros de cuentos, narraciones, fábulas y apólogos que constituyeron el fondo principal de las colecciones de fábulas divulgadas por Occidente en la Edad Media, y siendo conocida sobradamente la observación de Braga que hace general a las literaturas románicas el fenómeno de desenvolverse las fábulas versificadas medievales en novelas o cuentos literarios, de lo que existen colecciones en Italia, en Francia, en Portugal, merece una especial mención en este punto y en cuanto a España se refiere, el librero valenciano Juan de Timoneda, que murió en 1583, y que puede estudiarse como dramaturgo, como colector de romances y como cuentista y al que podemos llamar por eso gran **folklorista**.

Fue muy amante de las cosas españolas y su lenguaje es castizo y allegado al pueblo como el de los mejores escritores españoles. Entre las obras de este autor encontramos los cuentos: **El Sobremesa y alivio de caminantes** (año 1593); **El buen aviso** (1564); **El Patrañuelo** (1566). Son cuentos cortos y graciosos que han tenido varias ediciones.

Un caso curioso de conversión de la obra de autor erudito en materia demosófica generalizada puede encontrarse en la **Floresta Española** que publicó en Toledo, el año 1574, Melchor de Santa Cruz de Dueñas. Contiene esta obra apotémas, sentencias, dichos graciosos, cuentecillos, vulgares y cortesanos. Durante los siglos XVI, XVII y XVIII se han hecho varias ediciones nacionales y extranjeras de esa Floresta Española.

Los chistes de Santa Cruz de Dueñas se popularizaron y han sobrevivido hasta nosotros. Afirma Menéndez y Pelayo, en los Orígenes de la Novela (pág. 64, Tomo 2.º), que supone fué sugerida la **Floresta**, a Santa Cruz, por el **Sobremesa** de Timoneda y que «sus chistes y cuentecillos pasaron al teatro y a la conversación y hoy mismo se repiten muchos de ellos o se estampan en periódicos y almanaques sin que nadie se cuide de su procedencia».

Este hecho nos señala el curioso fenómeno de pasar al pueblo la producción erudita, como en el siglo XVII aconteció con los enigmas del doctor Pérez de Herrera.

En cuanto se refiere a los romances puede decirse que nuestro **Romancero** se inició en el **Cancionero general** de Hernando del Castillo (Valencia 1511) donde por primera vez se recogieron algunos romances populares viejos, de los que conservaba la tradición oral. Después de los pliegos sueltos de la primera mitad del siglo XVI, los primeros coleccionistas de romances de ciegos y de juglares fueron **Martín Nucio** en el **Cancionero de romances** y Esteban de Nájera en la **Silva de varios romances**.

Lorenzo de Sepúlveda publica, en Amberes, en 1551 sus Romances secados de historias antiguas; en 1563, en Alcalá, la **Recopilación de romances viejos** sacados de crónicas, y otros romanceros, sacados también de historias y de crónicas, de los que hay ediciones en Medina en 1562 y 1570, y en Burgos en 1589.

El mismo Juan de Timoneda publicó, en Valencia en 1573, su **Rosa de romances**, colección de romances en cuatro partes: Rosa de amores; Rosa española (Romances de la historia de España); Rosa gentil (romances de historias romanas y troyanas), y Rosa real (romances de reyes, príncipes). Tiene también cuatro cancionerillos con diversos nombres. Don Fernando José Wolf, bibliotecario de Viena, dio a conocer en 1845 este libro que bien podemos decir que es «el mejor tesoro de la poesía popular que por su tiempo se escribió, y que por ello merece Timoneda ser tenido por uno de nuestros principales folkloristas».

A estas colecciones de romances siguen otras muchas de diversos autores durante todo el siglo XVI. Y aunque en España, en el siglo XVI, no encontramos colecciones de cuentos, sin embargo, la recolección de romances populares se manifiesta, por ejemplo, en la **Silva de varios romances** de Juan de Mendaño (Barcelona 1675).

Asimismo aparecen en el siglo XVI las colecciones de juegos infantiles como la intitulada «**Juegos de noche buena a lo divino y Enigmas para honesta recreación, con romances y Villancicos**».

El docto arqueólogo Rodrigo Caro que logró allegar una gran cantidad de medallas, el autor de **Las Ruinas de Itálica**, poesía que basta para darle eterna fama de poeta, escribió sus **Días geniales o lúdicos**, obra impresa por la **Sociedad de bibliófilos andaluces**, en Sevilla, en 1884. En este libro, que es obra de erudición, sin duda alguna, se contienen las descripciones de los juegos y de los juguetes infantiles de aquel tiempo y su comparación con los griegos y romanos. Ya nos han señalado varios autores que esta obra de Rodrigo Caro es **obra maestra del folklore español**, sobre todo hispalense.

Los poetas escriben los romances literarios y toman su inspiración en las fuentes populares; otros imitan la producción popular lírica, como Francisco de Ocaña que escribe su **Cancionero para cantar la noche de Navidad y las fiestas de Pascua**, en el cual introduce, entre los cantos originales, otros muchos populares de singular belleza.

En ese mismo siglo XVII aparecieron los enigmas con sus comentarios, publicados por el Doctor Cristóbal Pérez Herrera, al que hemos citado anteriormente, como caso notable de conversión de una obra, producto de autor erudito, en materia popular viva. Fueron tan celebrados durante

todo el siglo XVII y se hicieron tan populares estos enigmas que constituyen y forman un patrimonio vulgar tradicional. Han sido reproducidos en obras nacionales y extranjeras y corren en labios del vulgo como verdaderas adivinanzas o enigmas populares. Por eso interesa al folklorista consultar la obra de Pérez Herrera, cuando se trate de esta clase de materiales folklóricos, para no dar, como de autor desconocido, algunos de esos enigmas que podemos leer en la obra del citado autor y que puedan recogerse de boca del pueblo en alguna región española.

Es tan grande el campo que nuestra historia literaria nos ofrece, son tantos los autores y libros que pudiéramos tener como fuente riquísima para las investigaciones y estudios folklóricos o para estudiar las relaciones de los elementos populares, contenidos en los libros viejos, con los materiales recogidos actualmente de la tradición oral, que me veo obligado por imperioso mandato del tiempo a contentarme con lo dicho hasta aquí y en lo cual no he hecho sino iniciar la exposición de esa cantera exuberante y rica, copiosa en extremo, para el estudio de la producción popular y que es una de las fuentes principales que he señalado para conocer y estudiar esa serie de conocimientos que comprende la palabra **folklore**.

Existe, pues, un buen filón para la investigación folklórica en los libros antiguos y en los autores modernos; pero es preciso tener presente en todo momento lo fácilmente que pueden pasar los materiales folklóricos o de producción popular a obra de imaginación de escritores eruditos, y por eso no debemos aceptar tales materiales sin previo análisis y detenido estudio.

Como ejemplo del estudio de esas fuentes y del aprovechamiento y utilidad de las mismas recordemos que se han publicado cuentos y fábulas descripciones, diálogos, máximas y apotegmas, escogidos en las obras de Tirso de Molina; los cuentos españoles contenidos en las producciones dramáticas de Calderón, Tirso, Alarcón y Moreto; los refranes del Quijote, ordenados y glosados, y una colección de refranes y frases proverbiales contenidas en las obras de Cervantes, así como algunos otros trabajos de distintos autores.

Durante el siglo XIX y antes que Machado y Álvarez publicara las bases para la organización de la **Sociedad Nacional**, que intituló **El Folklo-**

re Español, fueron en extremo notables las recolecciones y estudios acerca del romancero nacional, muchos de ellos debidos a los extranjeros.

Dos extranjeros, Jacobo Grimm que publica la **Silva de romances viejos**, en Viena en 1815, y Depping, que en 1817 colecciona su **Romancero**, consideran nuestra vieja y popular literatura bajo un aspecto de nueva y filosófica crítica, como ha dicho don Agustín Durán, y forman esa excelente antología de nuestra poesía popular antigua.

Después de ellos el alemán hispanófilo don Juan Nicolás Böhl De Faber, publicó la **Floresta de rimas antiguas castellanas**; el bibliotecario don Eugenio de Ochoa, hace su **Tesoro de los romanceros y cancioneros españoles**, y otros autores nacionales y extranjeros nos dejaron igualmente interesantes colecciones, hasta llegar al año 1856 en que aparece en Berlín la notable colección **Primavera y flor de romances** que publican don Fernando José Wolf y don Conrado Hofmann.

Pero quien merece especial mención entre los españoles, por sus trabajos acerca del romancero, es el madrileño don Agustín Durán, el primero, en España, que comprendió el valor que, en nuestra literatura, tiene el romancero y el teatro del siglo de oro.

Tuvo el señor Durán una honda visión del arte, visión folklórica y nacional. Su obra principal fue el estudio, compilación y publicación de la épica y de la lírica popular. Como monumento de la poesía popular castellana y de la literatura general española debemos considerar el **Romancero de Durán**, empezado a publicarse el año 1828, y del cual aparecieron cinco volúmenes hasta el año 1832; posteriormente fue refundida esa obra y se incluyó en los volúmenes X y XVI de la **Biblioteca de Autores Españoles**, de Rivadeneyra.

El mismo siglo XIX nos ofrece también, como nota propia, un buen número de cuentistas y novelistas regionales que procuran penetrar en el espíritu del pueblo y utilizan las formas de expresión popular, copiando, aunque en variadas formas, el ambiente de las regiones españolas, sus costumbres y escenas, sus tipos y caracteres.

En Andalucía don Serafín Estébanez Calderón, que empleó el pseudónimo **El Solitario**, da a las prensas sus **escenas andaluzas**, en 1847; y doña Cecilia Böhl de Faber (Fernán Caballero) los **Cuadros de costum-**

bres populares andaluzas, en 1852, y **Cuentos, oraciones, adivinanzas y refranes populares e infantiles**, en 1877.

En el norte de España, en Vasconia, don Antonio de Truëba, tomando inspiración en el espíritu popular y en sus manifestaciones naturales da a las prensas el **Libro de los cantares**; los **Cuentos populares**; los **Cuentos de color de Rosa**; las **Narraciones populares** y otras varias obras, de todas las cuales se han hecho repetidas ediciones.

Y en Santander don José María Pereda escribe las **Escenas Montañesas** y los **Tipos y Paisajes**.

En la región aragonesa don Manuel Polo y Peirolón, da a las prensas los **Cuadros de Costumbres populares de la Sierra de Albarracín**, en 1873; en Cataluña, el catedrático don Cayetano Vidal de Valenciano, publica algunos **cuadros de costumbres catalanas** bajo el título: **La vida en el campo y unas consideraciones sobre la literatura popular Catalana**.

Es también en ese mismo siglo XIX en el que, como preparación al período folklórico que empieza con Machado, se muestra el gran Milá y Fontanals como cultivador de la ciencia de las tradiciones populares. Milá y el gran poeta Portugués Almeida Garret fueron, como afirma Menéndez Pelayo, «los primeros que en la Península publicaron colecciones de romances, directamente recogidos de la tradición oral, completando con ellos las riquísimas colecciones castellanas, tan celebradas desde antiguo, y abriendo nuevo y profundo surco en el estudio del alma colectiva de nuestra raza».

Para el sabio autor de la Historia de los Heterodoxos, «los preliminares del **Romancerillo** publicado por Milá en 1853, contienen las más profundas consideraciones sobre la poesía popular que hasta entonces hubieron salido de pluma española: páginas que nadie, salvo su propio autor, ha superado después».

Pero quien dio el verdadero paso a la concepción determinadamente folklórica, ha sido Machado y Alvarez que desde el estudio de la literatura popular pasó al saber y a la interpretación de la vida entera, espontánea del pueblo, haciéndose un verdadero folclorista. En noviembre de 1881 publicó en Sevilla las **Bases de la organización** nacional que intituló «El Folklore Español», sociedad para la recopilación y estudio del

saber y de las tradiciones populares en todas sus manifestaciones, y que constaría de tantos centros cuantos son las regiones que constituyen la nacionalidad española. Fueron esas regiones las siguientes: la Castellana (dos Castillas), la Gallega, la Aragonesa, la Asturiana, la Andaluza, la Extremeña, la Leonesa, la Catalana, la Valenciana, la Murciana, la Vasco-Navarra, la Balear, la Canaria, la Cubana, la Puerto-Riqueña y la Filipina.

A los pocos meses de publicar Machado esas bases, explicó nuevamente el objeto y la finalidad de la institución con las siguientes frases: «Análoga nuestra Sociedad a la inglesa, por el objeto principal que persigue, diferenciase, no obstante, de ésta por su carácter y tendencias: La Sociedad española considera los materiales que va a recoger como elementos indispensables para la reconstrucción científica de la historia patria, en este sentido es una institución de interés verdaderamente nacional...; nuestra Sociedad no puede componerse sólo de eruditos y literatos; antes bien necesita del concurso de todos, y muy especialmente de la gente del pueblo: el ideal de nuestra Sociedad, seguía afirmando Machado, es contar con representantes y obreros en todos los pueblos y aldeas..., que allí donde haya siquiera un rústico español, allí hay conocimiento y sentimientos y deseos que nos importa conocer y traer a la vida.»

Así quedó trazado el primer plan sistemático y se empezó a reunir elementos para el estudio del saber popular, gracias a los trabajos y entusiasmos de Machado que reunió en Sevilla un buen número de importantes folkloristas, como los señores Rodríguez Marín, Guichot y Sierra, Montoto, quedando constituídas las sociedades el **Folklore andaluz** y el **Folklore frexnense**, que luego se llamó extremeño.

Desde 1883 hasta 1886 se publicó una muy interesante colección en once volúmenes, intitulada «**Biblioteca de las tradiciones populares españolas**». En ella se contienen las **Costumbres populares andaluzas**, por Luis Montoto; los **Cuentos populares españoles**, de Antonio Machado; **Supersticiones populares andaluzas comparadas con las portuguesas**, que habían sido recogidas por Guichot y Sierra; **Usos, costumbres, tradiciones, mitología y juegos infantiles; supersticiones, cuentos, cantares de corro de Madrid**, por Eugenio Olavarría y Huarte; «Juegos infantiles de Extremadura»; **El folklore gallego**, por Doña Emilia Pardo Bazán; Apuntes para un mapa topográfico tradicional de la villa de Burguillos (Badajoz); **Cancionero popular gallego**; y **Cuentos populares de Extremadura**.

Otras publicaciones que aparecieron en ese tiempo, como la tan apreciada colección en cinco volúmenes de **Cantos populares españoles** del Sr. Rodríguez Marín, impresa en Sevilla en los años de 1882 a 1883, nos dan buena prueba de la labor de Machado creando aquella **Sociedad** que, aunque de vida efímera, dio excelente resultado y dejó una muy buena semilla para los continuadores.

Don José María Sbarbi y Osuna se asocia, en Madrid, a la labor de Machado, quien trasladándose también a Madrid publica el **Cuestionario para el acopio de materiales del pueblo castellano**, y el **interrogatorio para el mapa topográfico tradicional de Castilla**, quedando constituido **El Folklore castellano** bajo la presidencia del ilustre poeta con Gaspar Núñez de Arce.

Pero Machado después de esa incesante labor y necesitando dedicar su actividad a otra cosa, que, aunque no le produjese gloria, le rindiese provecho para sostener a su numerosa familia, como afirma un biógrafo suyo, después de un último esfuerzo de propaganda en los periódicos, cesa en sus trabajos folklóricos, muriendo en 1893 en Sevilla.

Asturias, Galicia, el País Vasco-Navarro y Cataluña, tuvieron también Sociedades folklóricas en ese tiempo, y aunque aquellas regiones que, como Murcia, León, Aragón y Valencia, no constituyeron esas sociedades, trabajaron y publicaron colecciones muy dignas de tenerse en cuenta por el investigador.

En cuanto se refiere a los años posteriores bien podemos afirmar que la continuación del pensamiento del señor Machado en la historia del folklore la organizan principalmente en Cataluña el **Archivo de Etnografía y Folklore** de Cataluña, fundado por don Tomás Carreras y Artau, que en 1917 inició la colección de ejemplares tradicionales y de las industrias populares para su museo; y en **Vasconia**, la de **Folklore** allí constituida.

Con referencia a los estudios y publicaciones folklóricos de estos últimos años y por no alargar más estas notas baste decir que la labor folklórica en España y en cada región en especial, puede observarse consultando la sección de bibliografía que la Revista de Filología Española publica en sus números. De esta revista pueden sacarse una muy larga lista de trabajos y estudios de folklore y de literatura popular y con ello darnos perfecta cuenta del estado de las investigaciones folklóricas

en las diversas regiones españolas, en las cuales no obstante la gran corriente avasalladora que en estos últimos años todo lo invade y que parece acabar con todo lo típico y tradicional hasta en los más apartados rincones de nuestra nación, todavía existen esas peregrinas flores, tanto más frescas cuanto más centenarias, del Parnaso popular, en el que, como escribe Costa, se recrearon multitud de pueblos y de generaciones y donde estamparon la múltiple faz de su espíritu y el laborioso proceso de su vida de un modo más vivo y duradero que en las obras de metal y de piedra.

La sana crítica de nuestro siglo XIX, ha dicho Costa, comprendió temprano que las letras populares contenían virtud bastante para remozar, con su color y su inspiración, la ajada musa de los literatos eruditos y adivinó, por una especie de intuición, que en el fondo de esa literatura palpitaba el ser todo del pueblo, las memorias de su pasado lo mismo que sus ideales para el porvenir, su vida presente, sus aptitudes, su vocación, sus dudas, sus creencias, sus defectos y sus virtudes, su retrato moral, en suma.

He aquí, por tanto, un buen camino y una investigación adecuada para que, en los actuales momentos, podamos todavía llegar al corazón del país hispano, al conocimiento de la verdadera fisonomía de nuestra gloriosa patria que renace llena de ansias de espiritualidad y de esencias tradicionales y españolas, y con ese conocimiento repetir la frase de Cervantes:

¡Qué incomparable y magnífico eres, oh pueblo español,
por el esplendor y el tesoro de tu idealismo!

DISCURSO DE CONTESTACION
DE D. BENITO MADARIAGA DE LA CAMPA

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
DIVISION OF THE PHYSICAL SCIENCES
DEPARTMENT OF CHEMISTRY
530 SOUTH EAST ASIAN AVENUE
CHICAGO, ILLINOIS 60607-7070
TEL: 773/936-5000 FAX: 773/936-5001
WWW: WWW.CHEM.UCHICAGO.EDU

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
DIVISION OF THE PHYSICAL SCIENCES
DEPARTMENT OF CHEMISTRY
530 SOUTH EAST ASIAN AVENUE
CHICAGO, ILLINOIS 60607-7070
TEL: 773/936-5000 FAX: 773/936-5001
WWW: WWW.CHEM.UCHICAGO.EDU

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
DIVISION OF THE PHYSICAL SCIENCES
DEPARTMENT OF CHEMISTRY
530 SOUTH EAST ASIAN AVENUE
CHICAGO, ILLINOIS 60607-7070
TEL: 773/936-5000 FAX: 773/936-5001
WWW: WWW.CHEM.UCHICAGO.EDU

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
DIVISION OF THE PHYSICAL SCIENCES
DEPARTMENT OF CHEMISTRY
530 SOUTH EAST ASIAN AVENUE
CHICAGO, ILLINOIS 60607-7070
TEL: 773/936-5000 FAX: 773/936-5001
WWW: WWW.CHEM.UCHICAGO.EDU

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
DIVISION OF THE PHYSICAL SCIENCES
DEPARTMENT OF CHEMISTRY
530 SOUTH EAST ASIAN AVENUE
CHICAGO, ILLINOIS 60607-7070
TEL: 773/936-5000 FAX: 773/936-5001
WWW: WWW.CHEM.UCHICAGO.EDU

Ilmo. Sr. Presidente,
muy ilustres señores,
señoras y señores:

Me ha cabido el honor como miembro Consejero Representante de la Institución Cultural de Cantabria, de contestar al discurso de ingreso, como Consejero de Número, del Ilmo. Sr. don Tomás Maza Solano, al que acaban ustedes de oír en su documentado e interesante discurso en torno a los conceptos y métodos del folklore español.

Las palabras de Maza Solano nos han explicado el origen y características del folklore y sus acepciones, no siempre muy delimitadas con la etnografía y la antropología social o cultural. Menéndez y Pelayo, como nos ha recordado el conferenciante, definía el folklore, vocablo entonces novedoso, como «el saber popular», ya que, en definitiva, la sabiduría del pueblo, inmersa en la colectividad, es la más importante fuente de conocimiento basado en la experiencia, la observación y la tradición oral, y a ello alude precisamente su nombre, que etimológicamente viene a significar **saber tradicional del pueblo**.

Si bien el folklore nace en el siglo XIX con una exaltación de lo popular y costumbrista, es posible rastrear sus antecedentes en el medievo y en las abundantes relaciones de viajes y estudios de tratadistas locales, cuyos libros costumbristas pasaron muchas veces desapercibidos en su época y fueron incluidos después en el capítulo de raros y curiosos.

La contribución española al folklore universal está representada por las obras de autores como el Marqués de Santillana, Rodrigo Caro, Juan

Zabaleta, el Padre Feijóo, Bécquer, Machado Álvarez, etcétera, a los que se ha referido con detalle Maza Solano.

Los hombres de la Generación del 98, con sus libros de viajes, dieron a conocer el paisaje de España que, a su vez, pusieron de moda entre la juventud, los institucionistas, por el procedimiento de excursiones culturales. No vamos a referirnos ahora a los libros de Unamuno, «Azorín», Machado, Ortega y Gasset, que describen el paisaje y las ciudades de España, a los que habría que unir los de carácter etnográfico de Joaquín Costa, García Lorca, Hoyos Sainz, Caro Baroja, etc.

¿Qué aportación ha realizado Santander —podríamos preguntarnos— al contexto nacional de la etnografía y el folklore?

En un inventario de los autores montañeses que han cultivado esta ciencia, habría que tener presente, en primer lugar, a Rodrigo de Reinosa, al que Menéndez y Pelayo califica de «cínico e ingeniosísimo», que no sólo fue poeta popular, sino también narrador al estilo de los antiguos juglares. Pero nuestro primer erudito se lamentaba de la falta de estudios de poesía popular montañesa, de la que ya en su época hicieron algo Amós de Escalante, Ramón Ortiz de la Torre, Pereda y posteriormente, como diremos, José María de Cossío y Maza Solano.

De los libros de viaje no podemos olvidar las páginas de Amós de Escalante, las crónicas pintorescas de Gutiérrez Solana en la **España Negra**, los cuadros costumbristas de Pereda, Concha Espina y Alcalde del Río o la prosa mágica de Manuel Llano, que nos transporta a un mundo de cuentos de aldea, de mitos de Cantabria, cuyos personajes, al decir de Unamuno, «nos llegan de peñas abajo desde las nubes».

En otras especialidades contamos con los estudios musicales de Diego del Puerto, de Antonio Cabezón, del Padre Otaño y de Sixto Córdova, viajero por los pueblos de la Montaña en busca de canciones tradicionales. Igual podemos decir de los cuadros de tipos populares santanderinos de Oria y Senties y Simón Cabarga, los estudios de dialectología de Renero, García Lomas, González Campuzano, Huidobro y las últimas aportaciones de Cubría, Sáiz de Antomil y del recientemente fallecido Calderón Escalada.

Ya en 1892 la Real Sociedad Económica Cantábrica convocó un certamen de costumbres montañesas en el que salió premiado el libro de

Duque y Merino, **Contando cuentos y asando castañas**, libro que mereció el elogio de Menéndez y Pelayo, que formaba parte del jurado. Pero fue después el Ateneo de Santander el que mantuvo este mismo interés por el folklore al organizar en 1920 el primer concurso al que se presentó Maza Solano con un trabajo sobre «La poesía popular en la Montaña», cuyo premio le fue entregado por el propio Alfonso XIII.

En 1927 participa de nuevo don Tomás, esta vez en la Sección de Literatura montañesa, con la conferencia «El folklore en España y en especial en la provincia de Santander». En 1933 interviene en la velada organizada también por el Ateneo para conmemorar el centenario de Pereda. El título fue **Folklore y costumbres populares en la obra de Pereda**, trabajo que permanece inédito y obtuvo un primer premio. Hacía tan sólo 27 años que había muerto el novelista y todavía estaban frescos en el recuerdo de sus paisanos los pormenores de la vida del que en boca de Menéndez y Pelayo era «el más montañés de todos los montañeses». Quince años tenía Maza Solano y acababa de ingresar en el Seminario Conciliar de Monte Corbán, cuando la prensa fue recogiendo los detalles de la crisis de Pereda, que con intensa y entrañable emoción había descrito «Azorín», cuando un año antes de la muerte le visitó en Polanco y le encontró sin habla y gravemente enfermo.

La colaboración prestada por Maza Solano en el centenario del novelista estaba dentro de la línea de su admiración al autor de **Sotileza**. No en balde uno de sus primeros artículos periodísticos, publicado en 1919, había sido acerca de un error biográfico sobre Pereda. Este nuevo trabajo de Maza Solano del centenario, completaba otras aportaciones interesantes en la obra folklórica del novelista, a la que ya se había referido Menéndez Pelayo en sus críticas, en las que aludía al costumbrismo de aquellos «cuadros del más desenfadado realismo», de gracia campesina o callealtera en los que desfilaban tipos y costumbres que iban desde el indiano o el raquero, hasta las escenas de bodas, ferias, magostas o tertulias de rebotica. Pero lo más curioso de esta vocación de Maza Solano hacia las letras del hidalgo de Polanco, tal vez radique en que él mismo es un admirable personaje perediano, que en su vida cotidiana ha representado su papel de bibliófilo como cualquiera de aquellos hidalgos que pintaba Pereda en sus escenas rurales.

En su casa de Guarnizo, donde nació y hoy conserva su biblioteca, no muy lejos del Museo Naval, guarda los recuerdos de una vida que

prácticamente transcurre en lo que llevamos de siglo, con una dedicación intelectual de erudito e historiador, en cuyas disciplinas se formó en un ambiente de Seminario, de estudio y oración, hasta que en 1916 cambió aquel decorado por otro de anaqueles y legajos, cuando sacó plaza de funcionario en la entonces Biblioteca Municipal. Allí, en un ambiente de silencio, con aire de celda cartujana, fue preparando una obra que comprende desde el artículo de periódico, la poesía o los temas folklóricos, hasta los estudios de investigación histórica.

Al año siguiente de su ingreso es cuando el Ayuntamiento toma el acuerdo importante de adquirir la colección del célebre bibliófilo Eduardo de la Pedraja, decisión que iba a permitir a Maza Solano, que había intervenido en su ordenación, bucear en las entrañas de la historiografía montañesa.

En esos primeros años del siglo, Santander respira unos aires ufanos de ciudad de provincia que juega a cosmopolita. Es el Santander del comercio de ultramar, de los carnavales y comparsas y del veraneo que nos llegaba de Castilla en los llamados «trenes botijo» y nos traía un turismo celtibérico de aldeanos de pantalones de pana o de señoritos de Madrid, que se acercaban al Sardinero a tomar la cura de baños. Es una época del viejo Santander, que los que la conocieron deben recordar con nostalgia, de modistillas y estudiantes de Instituto y de Náutica, de indianos del Club de Regatas y de tertulias intelectuales de Ateneo, café o rebotica.

Maza Solano fue más asiduo a las tertulias del Ateneo, del que fue Vice-Presidente y Bibliotecario, y desde su tribuna dictó, como hemos dicho, diversas conferencias sobre folklore o literatura montañesa. Su gran laboriosidad le llevó a preparar en los años siguientes a la fundación de **La Revista de Santander** en 1830, los dos tomos de romances sacados de la tradición oral, que publicó en 1933 y 1934 en colaboración con don José María de Cossío. En este último año es cuando se crea El Centro de Estudios Montañeses, del que es miembro destacado, y al año siguiente es nombrado correspondiente de la Real Academia de la Historia. Con este motivo sus amigos le dedicaron un album de homenaje, en el que expresaron su adhesión y amistad, entre otros, Gabino Teira, Miguel Artigas, José del Río Saínz, Santiago Camporredondo, Jesús Cancio, etc. y Regino Mateo con un ingenioso geroglífico. Manuel Llano le puso esta dedicatoria: «¡Si tienes nombre y apellido de predestinación! Tomás:

nombre de sabio cristiano. Maza: golpecito rítmico en la mies, constancia, victoria sobre los terrones. Solana: sitio donde se orea cosecha extendida ante los barauates, mirando al sur. Tu talento y tu obra es eso: sabiduría, maza constante, solana... Tierra vencida llena de sol.»

Esa tenacidad en el trabajo, a que se refería Llano, le ha permitido escribir su extensa obra con datos sacados del Catastro del Marqués de la Ensenada, acerca de la nobleza, hidalguía, profesiones y oficios en la Montaña, que mereció en 1956 el premio «S.S. Franckenau» del Instituto Internacional de la Genealogía y Heráldica. Pero me van a permitir ustedes que no haga aquí una relación detallada de sus méritos, que por otra parte ya conocen, por no ser ésta mi intención, ni existir tiempo para ello, aunque sí quiero destacar su calidad de miembro de las Academias de Ciencias Morales y Políticas y de la de Historia del Paraguay y el ostentar la Cruz de Alfonso X el Sabio.

Lo más importante es que Maza Solano sigue trabajando, y es prueba de ello sus libros inéditos **La prensa periódica montañesa, Bibliografía de escritores montañeses, Cómo vivían y morían los montañeses en América**, trabajo este último realizado en el Archivo de Indias de Sevilla con una pensión de nuestra Excma. Diputación, y otros muchos que están aún sin publicar.

En estos últimos años Maza Solano dedica muchas horas a preparar estas obras inéditas y, quizá porque ya los recuerdos son un capítulo importante de su vida, con la paciencia y el cuidado de un bibliófilo va pegando en grandes pliegos los recortes de sus artículos, las noticias de sus intervenciones y la correspondencia de quienes le consultaron o le tuvieron por amigo. Como creo que las personas se definen ellas mismas por su conducta, bien creo que a Maza Solano podrían aplicársele aquellas palabras que, hace ya muchos años, puso como lema al frente de uno de sus trabajos de folklore: «Relátame la fiesta y pintárete el Santo».



